

ENCOMIO DE HELENA¹²⁷

1 Armonía¹²⁸ para una ciudad es el valor de sus hombres¹²⁹; para un cuerpo, la belleza; para un espíri-

¹²⁷ Tanto el *Encomio de Helena* como la *Defensa de Palamedes* han sido considerados falsos, por la falta casi absoluta de testimonios sobre ambas composiciones en toda la Antigüedad. Para *Helena* un posible testimonio es ISÓCRATES (*Helena*, esp. 14 s.) Sobre la cuestión de la autenticidad vid. BUCHHEIT, *Untersuchungen zur Theorie des Genos Epideiktikon von Gorgias bis Aristoteles*, 1960, págs. 27 ss. y 54 ss. El encomio o defensa de Helena desarrolla un motivo con una larga tradición literaria: el de la culpabilidad o inocencia de Helena. Presente ya en la *Illiada*, lo encontramos de nuevo en poetas como ESTESICORO (*Palinodia*) y posteriormente en la tragedia. EURÍPIDES dedicó una tragedia, *Helena*, al tema y trató de justificar la conducta de la bella espartana en *Las Troyanas* (vv. 914 ss.; cf. E. BETHE, *R.E.* 7, 2831 ss.). Estas dos tragedias de Eurípides se han utilizado como referencias, para tratar de establecer una cronología del discurso de Gorgias proponiéndose que éste es una réplica a la romántica versión de la *Helena* de Eurípides. Sin embargo, dado que el motivo del *eidōlon* —esa extraña versión de la historia, según la cual no fue Helena la que llegó a Troya y, en consecuencia no fue la causante de los desastres de griegos y troyanos, sino un simulacro o fantasma con su apariencia— no se menciona en el discurso de Gorgias, parece razonable pensar que éste es anterior al año 412 a. C., fecha de representación de la *Helena* de Eurípides. El tema fue desarrollado también por Isócrates (*Helena*), Polícrates y Anaxímenes (*Argum. Isóc. Hel.*). La estructura del discurso sigue la forma apagógica habitual de los discursos epidícticos de Gorgias: cuatro motivaciones cabe imaginar para el comportamiento de Helena, *týkhē* (fortuna), *bía* (violencia), *lógos* (palabra), *érōs* (amor). En los cuatro supuestos hay una «fuerza mayor» que libra de responsabilidad individual a Helena. A esta parte central del discurso precede una declaración apodíctica sobre el orden o la armonía (*kósmos*), contra la que Helena parece haber atentado. Con el término *kósmos* se fija el «status qualitativus» del discurso. Sigue un pequeño elogio del linaje de Helena y de su belleza, manifiestos en la cantidad y calidad de sus pretendientes. Tras una *praeteritio* (5) y una breve *próthesis* (6), se entra en la argumentación. El discurso se cierra con una recapitulación (20) y una afirmación del propósito y éxito del discurso. Para los manuscritos españoles del discurso vid. A. GUZMÁN, *CFCI* XIII (1977), 297-308.

¹²⁸ *Kósmos* es susceptible de las más diversas aplicaciones: política, militar, filosófica, religiosa... En todos los casos se designa un orden, perfección o armonía que responde al orden natural de las cosas, instituciones, naturaleza o universo.

tu¹³⁰, la sabiduría; para una acción, la excelencia; para un discurso, la verdad. Lo contrario de todo ello es ausencia de armonía. Un hombre y una mujer y un discurso y una empresa y una ciudad, cuando sus acciones merecen alabanza, deben ser con alabanzas honrados, mas, si indignos de ellas, con censuras atacados. Pues igual error e ignorancia hay en censurar lo que es digno de alabanza que en alabar lo que es digno de censura. Tarea de la misma persona es decir persuasivamente lo que debe y refutar a quienes censuran a Helena, mujer sobre la cual han venido a coincidir, unánimes y acordes, la sabiduría tradicional de los poetas y el presagio de su nombre que se ha convertido en recuerdo de desgracias¹³¹. Yo, en cambio, quie-

¹²⁹ He intentado, en la medida de lo posible, reflejar en la traducción algunos de los rasgos del estilo de Gorgias. Para una análisis de los procedimientos retóricos del discurso, vid. BLASS, *Die attische Bereds.* I, págs. 68-72, y ZUCKER, *Der Stil des Gorgias, passim*.

¹³⁰ *Psykhē* que, originariamente, significaba algo así como «aliento o soplo vital» y no era concebida como un principio opuesto o distinto al cuerpo, pronto empezó a sentirse como algo diverso al *sōma*, tal como muestra este pasaje. Sin embargo, aquí «alma» no es todavía el alma humana individual e inmortal, sino, más bien, el conjunto de capacidades animicas, en cuanto que emanan de la *noûs*, un principio extremadamente sutil, pero aún material.

¹³¹ El pasaje tiene múltiples connotaciones. Por un lado, se aprecia la oposición entre el *lógos* gorgiano con los tradicionales e imprecisos juicios de la poesía, a los cuales refuta con su capacidad de persuasión. Pero, al mismo tiempo, hay una clara alusión a los procedimientos cognoscitivos de la poesía misma. Así el sintagma *hē tōn poiētōn akousantōn pístis*, el conocimiento de los poetas, que se basa en la recepción de una tradición consagrada, era convertido, ya desde Homero y expresamente por Hesíodo, en la realidad absoluta, gracias a la intervención de las Musas. Cf. L. GIL, *Los antiguos y la inspiración poética*, Madrid, 1966, págs. 21 ss. Vid. Introducción sobre Simónides. Por lo que hace a *pístis*, cabe ver en él una referencia a Empédocles (cf. D. K. 31 B 52 y L. GIL, *op. cit.*, pág. 33, n. 13), que empleó la palabra en el sentido de «testimonio» o «sabiduría infalible». Por último «el presagio de su nombre» parece hacer referencia a una falsa etimología del nombre de Helena, interpretado como «la destructora» (cf. ESQUILO, *Agamenón* 687; EURÍPIDES, *Troyanas* 891).

ro, poniendo algo de razón en la tradición, librarla de la mala fama de que se le acusa, tras haber demostrado que mienten quienes la censuran y, mostrando la verdad, poner fin a la ignorancia¹³². Pues bien, que por nacimiento y por estirpe¹³³, entre los más ilustres hombres y mujeres, tuvo la primacía la mujer sobre la que este discurso versa, no es desconocido ni tan siquiera a unos pocos. Pues conocido es que tuvo por madre a Leda, y padre un dios lo fue de hecho y un mortal lo fue de nombre, Tindáreo y Zeus, de los cuales el uno, por el hecho de serlo, fue tenido como tal; el otro, en cambio, por proclamarlo, lo fue nominalmente¹³⁴; y el uno fue poderosísimo entre los hombres, el otro, señor del universo. Nacida de padres

¹³² Gracias a la persuasión de la palabra, Gorgias hacía parecer importante lo que no lo era o con un nuevo aspecto las cosas viejas o viceversa. Cf. PLATÓN, *Fedro* 267a. El propósito de Gorgias es, pues, hacer un cálculo de todas las tradiciones referentes a Helena, de modo que el análisis lógico demuestre la falsedad o exactitud de las mismas.

¹³³ Las tradiciones referentes a la genealogía de Helena son enormemente diversas y, en ocasiones, divergentes en aspectos esenciales. En todo caso, Gorgias se refiere aquí a una versión, extendida ya desde los poemas homéricos (*Ilíada* III 121, 165, 237; VI 289 s.; XXIV 761; *Odissea* III 205; IV 14, 227, 275 s., 565; XI 298), según la cual era hija de Zeus y Leda, si bien tenía a Tindáreo por padre humano y por hermanos a los Dioscuros, Cástor y Pólux; hermana suya era Clitemnestra, la esposa de Agamenón. Según otras versiones tempranas, sus padres fueron Zeus y Némesis; transformada ésta en oca para escapar del acoso de Zeus, fue finalmente seducida por el dios que se había metamorfoseado en cisne; como consecuencia de esta unión Némesis puso un huevo que fue llevado a Leda, del cual nació Helena.

¹³⁴ Sigo la sugerencia de Macdowell, *comm. ad loc.*, de preferir la lectura de algunos manuscritos tardíos a la de los más antiguos, *elénkhthē* (fue discutido), que da un sentido apenas inteligible. Con la lectura *elékthhē* (fue llamado) se crea un complicado juego de oposiciones muy del gusto de Gorgias: Zeus gozó de la fama de ser el padre de Helena, porque realmente lo era: Tindáreo fue llamado su padre, porque así lo afirmaba él. Nótese cómo Gorgias parece sugerir que el «ser» puede pertenecer también al dominio de la *dóxa*, claramente opuesta aquí a un *lógos* falso.

tan ilustres tuvo la belleza de una diosa, belleza que obtuvo y, sin ocultarla, ostentó. Muchísimas pasiones de amor en muchísimos suscitó. Con un solo cuerpo muchos cuerpos congregó de hombres orgullosos de sus grandes merecimientos, hombres que poseyeron, unos, riquezas sin cuento, otros, la gloria de una rancia nobleza, otros, el vigor de su fuerza personal, otros, el poder de una sabiduría adquirida¹³⁵. Y llegaron todos movidos por un amor que deseaba la emulación y por un deseo invencible de gloria.

Pues bien, quién y por qué causa y de qué modo satisfizo su amor tomando a Helena, no voy a decirlo. Porque decir a aquellos que saben, lo que saben, procura crédito, mas no proporciona placer¹³⁶. Saltando ahora sobre el tiempo aquel con mis palabras, procederé al fundamento del discurso que aguarda y presentaré las causas por las cuales era natural¹³⁷ que

¹³⁵ Esta última cualidad remite al debatido problema de si la sabiduría puede ser o no aprendida o, formulado en términos sofísticos, si es algo *phýsei*, es decir connatural y, por tanto, a lo sumo, susceptible de ser desarrollado en sus posibilidades innatas o bien algo susceptible de aprendizaje. Por otro lado, como observa Untersteiner en su comentario, los valores aparecen clasificados en dos categorías: aquellos cuya posesión depende de la fortuna y los que, por el contrario, dependen del individuo. Riqueza y nobleza, en cuanto heredadas, al igual que la fuerza física, se oponen a la sabiduría que depende de la voluntad humana. Cf. PITÁGORAS en JÁMBLICO, *Vida de Pitágoras* 43-44. Esta división, en cuanto supone un criterio de valor, es propia del género protréptico o encomiástico, ya que el que aconseja o elogia debe demostrar que las cualidades que trata son útiles y buenas.

¹³⁶ Un objetivo del orador es procurar placer (*térpsis*) a su auditorio. En la medida en que un discurso placentero es más persuasivo, en esa medida también resulta más verdadero, según la concepción de Gorgias. Nótese, por otra parte, cómo Menelao no es aludido por su nombre.

¹³⁷ El término griego *eikós* traduce aquellos argumentos basados no en hechos sino en la posibilidad o la verosimilitud. El inventor de tal tipo de argumentos, según PLATÓN (*Fedro* 267a), fue el siciliano Tisias, cuyo influjo se hizo patente en escritores como Tucídides u oradores como Lisias o Isócrates.

6 aconteciera la partida de Helena para Troya. O bien por una decisión del azar y orden de los dioses y decreto de la necesidad¹³⁸ actuó como actuó, o bien raptada por la fuerza o persuadida por las palabras <o presa del amor>. Pues bien, si por la primera causa, merece ser acusado el que es habitualmente acusado. Porque imposible es impedir el deseo de un dios con la previsión humana. Ya que por naturaleza no puede lo más fuerte verse impedido por lo más débil, sino lo más débil ser dominado y regido por lo más fuerte y que lo más fuerte vaya delante y lo más débil le siga. Y los dioses son algo más fuerte que el hombre por su violencia, su sabiduría y sus demás facultades. Si hay, pues, que atribuir la culpa al azar y a la diosa¹³⁹, hay que liberar a Helena de la infamia.

No veo razón para excluir la intervención de Gorgias en tal influjo, como sostienen algunos estudiosos.

¹³⁸ El pasaje ofrece algunas dificultades de interpretación. En primer lugar, en el texto griego «azar» (*týkhē*), dioses y necesidad (*anánkē*) no son excluyentes ni alternativos, sino que van, como recoge nuestra traducción, coordinados. Sin excluir, como pretende Untersteiner en su comentario, un posible influjo de Empédocles, para el cual la *týkhē* o «acontecer» formaba una unidad con la necesidad, que, a su vez, era una potencia divina, cabe, en mi opinión, subrayar la gradación ascendente con que son presentados los conceptos: azar, divinidad, necesidad. En la concepción empedoclea *týkhē* es el momento en el que los elementos primordiales, mezclándose, constituyen las cosas. En fin, en la idea de necesidad o *anánkē* cabe reconocer también un eco de Empédocles. Cf. D. K. 31 B 103 y W. JAEGER, *La teología de los primeros filósofos griegos*, págs. 129 ss.

¹³⁹ En último término la responsabilidad del rapto correspondía a Afrodita. Untersteiner cree ver, sin embargo, una alusión más general a la mentalidad de los héroes homéricos, que hacían siempre responsable a la divinidad de sus desgracias. Por otro lado, aparentemente hay una formulación en el pasaje de la doctrina del derecho del más fuerte, explícitamente desarrollada por Calicles en el *Gorgias* (483a) platónico. No obstante, la afirmación de Gorgias está, más bien, en la línea de la concepción griega tradicional de la divinidad (cf. W. NESTLE, *Historia del espíritu griego*, págs. 136 ss.), que se manifiesta ante

Y si fue raptada con violencia y forzada contra toda ley e 7 injustamente ultrajada, es claro que su raptor, al cometer el ultraje, obró con injusticia. Su rapto, en cambio, al hacerla víctima del ultraje, provocó su desventura. Por tanto, el bárbaro que llevó a cabo la bárbara empresa merece ser condenado con la ley, la palabra y la acción; con la ley, a fin de que pierda sus derechos ciudadanos; con la palabra, para que caiga sobre él la acusación; con la acción, para que reciba su castigo. Ella, en cambio, que fue forzada y despojada de su patria y privada de sus seres queridos, ¿cómo no sería con razón más merecedora de compasión que de infamia? Pues aquél cometió terribles crímenes; ella, en cambio, los sufrió. Justo es, pues, compadecer a una y odiar al otro.

Si fue la palabra la que la persuadió y engañó¹⁴⁰ su mente 8 tampoco es difícil hacer una defensa ante tal posibilidad y dejarla libre de la acusación, del modo siguiente. La palabra es un poderoso soberano¹⁴¹ que, con un cuerpo pequeñísimo y

todo como violencia. Cf. HOMERO, *Odisea* IV, 415; HESÍODO, *Teogonía* 385-388; ESQUILO, *Prometeo* I ss.

¹⁴⁰ Persuasión, palabra, engaño: tres conceptos claves de la gnoseología gorgiana. Vid., además de la nota siguiente, M. DETIENNE, *Los maestros de verdad en la Grecia arcaica*, págs. 109 ss., quien señala cómo Simónides fue el primero en romper con la tradición del poeta inspirado, maestro de verdad, para proclamar el carácter artificial de la palabra poética. La palabra es una imagen (*eikón*) de la realidad, y el artista se sitúa con la palabra a medio camino entre la realidad y la imagen. Para el concepto sofístico de *lógos*, además de lo dicho en la Introducción y en la nota siguiente, vid. H. KOLLER, *Die Mimesis in der Antike*, Berna, 1954, págs. 88-203, y CH. P. SEGAL, «Gorgias and the Psychology of the *Logos*», *HSCP* 66 (1962), 99-105, que analiza los efectos psíquicos de la palabra.

¹⁴¹ Gorgias incluye en el cuerpo de su argumentación una pequeña e interesante sección, en la que desarrolla su doctrina del *lógos*. La sección comienza con una afirmación del poder del *lógos*, al que sigue una descripción de sus poderosos efectos. La formulación en griego, como señala PFEIFFER (*op. cit.*, pág. 102), recuerda, en su forma, a un pequeño himno en prosa, motivado por el carácter divino que el sofista atribuye a la palabra. Sigue inmediatamente

completamente invisible, lleva a cabo obras sumamente divinas. Puede, por ejemplo, acabar con el miedo, desterrar la aflicción, producir la alegría o intensificar la compasión. Que

una reflexión sobre las experiencias emotivas producidas por la poesía y la prosa artística. Los fundamentos teóricos de esta poética gorgiana son los siguientes: los hombres actúan frecuentemente guiándose por las apariencias y la opinión (*dóxa*). Dado que la *dóxa* no es auténtico conocimiento (*alētheia*), la palabra (*lógos*) puede actuar sobre ella. Prueba de ello es que hasta los filósofos naturales (*meteōrológoi*) cambian de opinión, al tiempo que pueden hacer aparentes fenómenos invisibles. Otra prueba del poder del *lógos* es su capacidad de persuasión en los tribunales o en la argumentación filosófica. Su poder es tal que puede ser considerado como una droga. La virtud del *lógos* se canaliza a través de la persuasión (*peithō*), que induce en el oyente una ilusión o engaño (*apátē*). Cf. PLATÓN, *Gorgias* 449d-457c, donde la retórica es para el sofista una simple técnica que puede producir creencia (*dóxa*) verdadera o falsa. Vid. para esta cuestión M. MIGLIORI, *La filosofía di Gorgia*, Milán, 1973, págs. 95-108. Dada la teoría del conocimiento de Gorgias, expuesta en el tratado *Sobre el no ser*, que preconiza la incomunicabilidad del pensamiento humano, se sigue que lo único que comunicamos son *lógoi*, algo, por tanto, distinto de las cosas reales y de nuestra percepción de ellas. Lo paradójico, pues, reside en el hecho de que, cuando el *lógos* reproduce fielmente la realidad externa, no es más que ilusión (*apátē*). Por ello, en literatura, quien «logra engañar» o «crear una más perfecta ilusión» es mejor («más justo») en la terminología de Gorgias que quien no lo consigue. El modelo conceptual *lógos-apátē-dóxa* (opuesto a «verdad» y «conocimiento»), que subyace tanto a *Helena* como a *Palamedes*, supone que existen dos tipos de *lógoi*: uno bueno y otro peor o «más débil». Los rasgos que distinguen el *lógos* superior son específicos y constituyen el objeto de la retórica. El empleo con éxito del *lógos* superior y sus efectos sobre el alma es *psykhagōgía* (cf. *Fedro* 261a). Esta doctrina es también la que fundamenta los argumentos de verosimilitud (*eoikótai*), cuyo descubrimiento se atribuye a Tisias y a Gorgias, y, en virtud de los cuales, las cosas probables merecen más atención que las verdaderas, ya que justamente en la capacidad de provocar probabilidad reside el poder del *lógos*. Toda la doctrina del *lógos* está contenida en el concepto, central en la retórica gorgiana, de *kairós* (cf. nota 29), o selección del momento apropiado en retórica. Se trata, pues, de una noción que no pertenece a la esfera del conocimiento, sino a la de la *dóxa*. Verosímil o plausible son las cualidades fundamentales de un discurso retóricamente concebido, en una concepción de la retórica que trascendía el campo de la oratoria para incluir también el de las relaciones humanas o la representación plástica de las imágenes.

ello es así paso a demostrarlo. Preciso es también demostrarlo a la opinión de los que escuchan. La poesía toda yo la considero y defino como palabra en metro¹⁴². A quienes la escuchan suele invadirles un escalofrío de terror, una compasión desbordante de lágrimas, una aflicción por amor a los dolientes; con ocasión de venturas y desventuras de acciones y personas extrañas, el alma experimenta, por medio de las palabras, una experiencia propia¹⁴³. Y ya es hora de que deje este argumento para pasar a otro: los encantamientos inspirados, gracias a las palabras, aportan placer y apartan el dolor. Efectivamente, al confundirse el poder del encantamiento con la opinión del alma, la seduce, persuade y transforma mediante la fascinación. De la fascinación y de la magia se han inventado dos ar-

¹⁴² En la definición de la poesía como «palabra en metro» parece percibirse un cierto menosprecio hacia las capacidades de la retórica. Sin embargo, a continuación, se describen los poderosos efectos que la poesía — en un sentido amplio que incluye también la tragedia — puede inducir. Vid. W. SCHADEWALDT, «Furcht und Mitleid?», *Hermes* 83 (1955), 129 ss. = *Hellas und Hesperien* (1960), 346 ss. Sobre el posible influjo médico en la teoría vid. P. LAÍN ENTRALGO, *La curación por la palabra en la antigüedad clásica*, págs. 132 ss. y H. FLASHAR, «Die Lehre von der Wirkung der Dichtung in der griechischen Poetik», *Hermes* 84 (1956), 18 ss. Para la relación entre la teoría y la magia, vid. ROMILLY, *Magic and Rhetoric*, págs. 3 ss. y GARCÍA TEJEIRO, *art. cit.*, págs. 143-154. En todo caso, la poesía, desprovista ya del prestigio tradicional de que gozaba, es puesta por Gorgias al mismo nivel que la prosa, en cuanto una y otra son *lógos*. Por otro lado, al aplicar Gorgias a la prosa los procedimientos propios, hasta entonces, de la poesía, contribuyó a borrar los límites existentes entre los géneros. La opinión de Gorgias fue compartida por PLATÓN (*Gorgias* 502c-d) e ISÓCRATES (*Evág.* 10 s.; *Antid.* 45).

¹⁴³ Aunque no está dicho de una manera explícita, esta poesía global, capaz de producir tan profundas emociones, no es otra que la tragedia. Cf. ARISTÓTELES, *Poética* 14, 1453b 5. Aunque no es posible probar un influjo directo de Gorgias en Aristóteles, como pretendía Pohlenz, preciso es reconocer la similitud incluso verbal del pasaje gorgiano con la doctrina aristotélica de la tragedia como *kátharsis pathēmátōn*.

tes¹⁴⁴, que inducen errores del alma y engaños de la opinión.
 11 ¡Cuántos persuadieron —y aún siguen persuadiendo— a tantos y sobre tantas cuestiones, con sólo modelar un discurso falso! Si todos tuvieran recuerdo de todos los acontecimientos pasados, conocimiento de los presentes y previsión de los futuros, la palabra, aun siendo igual, no podría engañar de igual modo. Lo cierto es, por el contrario, que no resulta fácil recordar el pasado ni analizar el presente ni adivinar el futuro. De forma que, en la mayoría de las cuestiones, los más tienen a la opinión como consejera del alma. Pero la opinión, que es insegura y está falta de fundamento, envuelve a quienes de ella se sirven en una red de fracasos inseguros y faltos de fundamento.
 12 ¿Qué razón, por tanto, impide que llegaran a Helena, cuando ya no era joven, encantamientos que actuaron de modo semejante a como si hubiese sido raptada por la fuerza?

Por tanto la fuerza de la persuasión, en la que se originó su forma de pensar —y se originó, desde luego, por necesidad— no admite reproche alguno, sino que tiene el poder mismo de la necesidad. Pues la palabra que persuade al alma obliga, precisamente a este alma a la que persuade, a dejarse convencer por lo que se dice y a aprobar lo que se hace. En consecuencia, quien la persuadió, en cuanto la sometió a la necesidad, es el culpable. Ella, en cambio, en cuanto obligada por la
 13 necesidad de la palabra, goza erróneamente de mala fama. Y que la persuasión, cuando se une a la palabra, suele también dejar la impronta que quiere en el alma, es algo que hay que aprender, ante todo, de los razonamientos de los fisiólogos, los cuales, al sustituir una opinión por otra, descartando una y defendiendo otra, logran que lo increíble y oscuro parezca claro a los ojos de la opinión. Y, en segundo lugar, de las perentorias

argumentaciones de los discursos judiciales, en los que un solo discurso deleita y convence a una gran multitud, si está escrito con arte, aunque no sea dicho con verdad. Y, en tercer lugar, de los debates sobre temas filosóficos en los que se muestra también la rapidez del pensamiento que hace que las creencias de la opinión cambien con facilidad. La misma relación guarda el poder de la palabra con respecto a la disposición del alma que la prescripción de fármacos respecto a la naturaleza del cuerpo. Pues, al igual que unos fármacos extraen unos humores del cuerpo y otros, otros; y así como algunos de ellos ponen fin a la enfermedad y otros, en cambio, a la vida, así también las palabras producen unas, aflicción; otras, placer; otras, miedo; otras predisponen a la audacia a aquellos que las oyen, en tanto otras envenenan y embrujan sus almas por medio de una persuasión maligna.

Que ella, pues, si fue persuadida por medio de la palabra, 15 no cometió ninguna falta, sino que fue víctima de circunstancias adversas, ha quedado ya demostrado. Salgo al paso ahora de la cuarta acusación con la cuarta argumentación. Y ésta es que si todo fue obra del amor, no le resultará difícil escapar de la imputación de la culpa en la que, según se dice, incurrió. Puesto que las cosas que vemos no tienen la naturaleza que nosotros queremos, sino que cada una de ellas posee la naturaleza que le correspondió. Y por medio de la vista el alma recibe una impronta incluso en su carácter. Por ejemplo, si la vista 16 advierte presencias enemigas, una formación enemiga con hostil armadura de bronce y hierro —para defenderse, uno, para atacar, el otro— al punto se turba y turba también al alma y de tal manera que frecuentemente se huye aterrorizado por un peligro futuro como si estuviera ya presente. Así de poderosa se adentra en nosotros la verdad de este razonamiento, a causa del miedo procedente de la visión que, cuando llega, induce a despreocuparse tanto de lo que se juzga correcto por medio de

¹⁴⁴ Las dos artes en cuestión son la poesía y la prosa artística.

- 17 la ley como del bien que se deriva de la victoria. E incluso algunas personas, tras haber tenido una visión terrorífica, se ven privadas hasta del entendimiento que en aquel momento poseían. A tal punto extingue y elimina el miedo la inteligencia. Muchos también cayeron en vanas aflicciones, enfermedades pavorosas y locuras de difícil curación. Tan profundamente grabó la vista en sus conciencias las imágenes de las acciones contempladas. Ciertamente que muchas situaciones que provocan miedo son ahora dejadas de lado, pero esas situaciones
- 18 preteridas son semejantes a las referidas. Por otro lado, los pintores, cuando a partir de muchos colores y cuerpos crean un solo cuerpo y figura, procuran deleite a la vista. La capacidad de crear estatuas de hombres y de modelar imágenes divinas procura a los ojos una dulce enfermedad. Así algunos espectáculos tienen la capacidad natural de afligir a la vista; otros, en cambio, de encender en ella el deseo. Muchas visiones provocan en muchos hombres el amor y el deseo de muchas acciones y cuerpos. Por tanto, si el ojo de Helena, complacido con el cuerpo de Alejandro, provocó a su alma afán y deseo de amor, ¿qué puede haber de extraño en ello? Si amor es un dios, ¿cómo podría ser capaz de apartar y repeler la potencia divina de los dioses quien es inferior a ellos? Y si se trata de una enfermedad humana y de un desvarío de la mente, no debe, en tal caso, ser censurado como una falta, sino considerado un infortunio. Se marchó, como lo hizo, por las asechanzas de su alma y no por los proyectos de su mente; por la fuerza del amor, no por los recursos del arte.
- 20 ¿Como puede, en consecuencia, considerarse justo el reproche hecho a Helena, quien, enamorada o persuadida por la palabra o raptada por la fuerza u obligada por la necesidad divina, obró como obró? En cualquier caso queda libre de la acusación.

Quité con mi discurso la infamia sobre una mujer; permanecí dentro de los límites de la norma que me propuse al comienzo del discurso: intenté remediar la injusticia de un reproche y la ignorancia de una opinión. Quise escribir este discurso como un encomio de Helena y un juego de mi arte.

DEFENSA DE PALAMEDES¹⁴⁵

11a. Tanto la acusación como la defensa implican una decisión que no tiene que ver con la muerte. Ya que a muerte ha

¹⁴⁵ Palamedes es el paradigma de héroe cultural. A él se le atribuía la invención del alfabeto y del juego de damas. Su enemistad con Ulises venía de antiguo, de cuando éste intentó eludir sus compromisos y no ir a Troya, fingiéndose loco. Palamedes descubrió, mediante una treta, el engaño (HIGINO, *Fábulas* 95, 2). En venganza Ulises tramó una conspiración contra él: falsificó una carta de Priamo dirigida a Palamedes, en la que éste aparecía como traidor a los griegos y, para hacer más verosímil la insidia, hizo enterrar una cantidad de dinero bajo su tienda. Ante la evidencia, Palamedes fue condenado a muerte y ejecutado (HIGINO, *Fábulas* 10). El discurso es un buen ejemplo de *status coniecturalis*, donde se trata de establecer si los hechos tuvieron o no lugar. El método es, al igual que en *Helena*, apagógico: se proponen dos posibilidades y, demostrada la falsedad de una proposición, su contraria es necesariamente verdadera. Para su autenticidad *vid.* nota 127. El discurso, conservado sólo en el manuscrito A, está seriamente dañado no solamente por los avatares de la transmisión manuscrita, sino también por el intento de ajustar su estilo a la *concinntitas* y regularidad del estilo de Isócrates.

Por otra parte, fue en este discurso donde, por vez primera, se utilizó el término *apología*, que hasta entonces había conservado la acepción más general de «narración», en el sentido de defensa. *Vid.* W. ALY, «Herodots Sprache», *Glotta* 15 (1927), 109 ss.

Las pruebas están fundadas en demostraciones lógicas. El método de Gorgias es la demostración apagógica (*ho diá adynátou syllogismós*). El fundamento del mismo reposa en la constatación lógica que de opuestos contradictorios sólo se puede llegar a una conclusión imposible; en consecuencia, se desarrolla una de las dos alternativas y se afirma la conclusión obtenida como verdadera.